

La fortuna tardía del concepto de “revolución pasiva” (1972-1980)¹ Guido Liguori

La categoría gramsciana comenzó a ser estudiada solo en los años setenta. La interpretación del fascismo como modernización. El reformismo desde arriba para evitar la salida revolucionaria de la crisis. La necesidad proclamada de una “anti-revolución pasiva”. El debate gramsciano y la política del PCI. Las lecturas de Louis Althusser y Stuart Hall.

Resulta apropiado hablar de *fortuna tardía* del concepto de revolución pasiva², toda vez que sólo en los años setenta esta categoría –considerada hoy una de las principales entre las gramscianas³– comienza a afirmarse lentamente. Antes existieron sólo contadas menciones a la revolución pasiva en la reflexión acerca de Gramsci.

La primera referencia no carente de relevancia puede remontarse a los años cincuenta y se presenta en referencia al Risorgimento (proceso a propósito del cual, por lo demás, Gramsci había traído a colación por primera vez en los *Cuadernos* (Q1, 44, 41⁴) la expresión usada por Vincenzo Cuoco en su *Saggio storico sulla rivoluzione di Napoli*, publicado en 1801 y, en una segunda edición, en 1806): Giorgio Candelero, en el primer volumen de su *Storia dell'Italia moderna*, aparecido en 1956, había escrito acerca de la revolución pasiva, pero no refiriéndose directamente a Gramsci (referencia que, sin embargo, es explícita en la voluminosa nota bibliográfica que completa el volumen⁵), sino sólo a Cuoco y a su idea «de la no adaptabilidad a Italia de la revolución francesa»⁶.

En el ámbito más propio de los estudios sobre el autor de los *Cuadernos* hay que señalar la conferencia dictada por Ernesto Ragioneri en Cagliari en 1967, donde el historiador florentino había aproximado la revolución pasiva a otra categoría gramsciana fundamental, la de guerra de

¹ El presente texto es la reelaboración de una conferencia dictada en el Congreso internacional “La revolución pasiva. Usos actuales del pensamiento de Antonio Gramsci” (Barcelona, 20-21 de octubre de 2022), organizado por las asociaciones gramscianas de Catalunya y España, adherentes a la IGS.

² Massimo Modonesi ha hablado de “reconocimiento relativamente tardío” de la categoría de revolución pasiva en la “Introducción” al compendio que ha editado: *Rivoluzione pasiva. Antología di Studi gramsciani*, Milán, Unicopli, 2020, p. 7.

³ Sobre el concepto de revolución pasiva reenvío a las contribuciones de Pasquela Voza en F. Frosini y G. Liguori (eds.), *Le parole di Gramsci. Per un lessico dei Quaderni del carcere*, Roma, Carocci, 2004; y en G. Liguori y P. Voza (eds.), *Dizionario gramsciano 1926-1937*, Roma, Carocci, 2009. Es fundamental el volumen de Modonesi citado, que republica muchos de los principales escritos sobre el tema (de De Felice, Buci-Glucksmann, Mena y Kanuossi, Morton, Coutinho, Voza, Di Meo, Modonesi, Frosini, Antonini). Véase también el reciente trabajo de Marcello Mustè, *Rivoluzione pasiva. Il mondo tra le due guerre nei Quaderni del carcere di Gramsci*, Roma, Viella, 2022.

⁴ La cita de este tipo (la letra Q seguida por los número de cuaderno, párrafo y página) es a A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, edizione critica a cura di V. Gerratana, Turín, Einaudi, 1975. Como es sabido, la referencia a la revolución pasiva ha sido aquí añadida posteriormente por Gramsci en el margen. Antonio Di Meo (*Decifrare Gramsci. Una lettura filologica*, Roma, Bordeuax, 2020) ha incidido en cómo la expresión estaba presente ya en el revolucionario americano Thomas Paine, de quien la habría tomado Cuoco.

⁵ “Sobre el concepto de revolución pasiva, véanse las observaciones de Gramsci, *Il Risorgimento*, cit., pp. 106-107 y pp.135-137; *Il materialismo estoico e la filosofia di B. Croce* (Turín, 1948), pp. 184-185 y p. 219; *Pasato e presente* (Turín, 1951), p. 53” (G. Candelero, *Storia dell'Italia moderna*, vol. 1: *Le origini del Risorgimento*, Milán, Feltrinelli, 1956, p. 423).

⁶ Ivi, p. 283. Cfr. también pp. 284 y ss.

posiciones, advirtiendo cómo la primera tenía para Gramsci un valor cognoscitivo y ciertamente no de «posible indicación positiva de las tareas históricas de la clase obrera»⁷, esto es, no podía entenderse como programa político de las fuerzas que luchaban por el socialismo.

Es sin embargo en los años setenta cuando la revolución pasiva se convierte en una de las principales categorías gramscianas. En Italia, aquella década representa un momento importante ya sea desde el punto de vista de la gran difusión y de un conocimiento mejor del pensamiento de Gramsci, ya sea en lo que respecta a la posible repercusión política de tal pensamiento y, en todo caso, a su incidencia en el debate público. Son los años del máximo éxito del PCI bajo la guía de Enrico Berlinguer, los años del compromiso histórico y del eurocomunismo y, por lo tanto, también de la creciente influencia de dicho partido a nivel interno e internacional.

He definido en otro lugar la primera mitad de los años setenta como la “edad de oro” del debate gramsciano⁸, culminada en la edición crítica de los *Cuadernos* a cargo de Valentino Gerratana; y he denominado en cambio a la segunda mitad de aquella década, por lo que respecta al debate sobre Gramsci, los años del «apogeo», pero también de la «crisis»⁹ de su fortuna, caracterizados también por el relevante éxito y luego por las dificultades políticas del Partido Comunista. Son por lo tanto los años de una cierta torsión *politicista* del debate gramsciano, lo que no impide el surgimiento de la teoría política de Gramsci y de sus elementos de novedad, así como la profundización de sus principales categorías histórico-políticas, sobre todo las de los *Cuadernos de la cárcel*. Una comprensión mejor de Gramsci pasaba entonces por una mejor contextualización histórica de su pensamiento, gracias a trabajos que arrojaron nueva luz sobre la historia del PCI y sobre la biografía del comunista sardo. Tras el trabajo de desbrozado del terreno historiográfico realizado por Togliatti a partir de las dos conferencias en el congreso gramsciano de 1958 sobre *Gramsci e il leninismo* y, en 1960-1962, con el importante trabajo sobre *La formazione del gruppo dirigente del PCI negli anni 1923-1924*¹⁰, vinieron los trabajos de Paolo Spriano, de Ernesto Rraggioneri y de muchos otros historiadores comunistas, los cuales permitieron pasar de la historia *sacra* (fuertemente condicionada por las tensiones hacia el «deber ser» del partido) a una historia *laica* del propio PCI. Posteriormente Giuseppe Fiori, Leonardo Paggi, Franco de Felice¹¹ y otros contribuyeron con sus trabajos a leer mejor el pensamiento gramsciano, colocándolo en la historia del movimiento socialista y comunista italiano e internacional. Es decir, en el único contexto histórico que permite comprender su alcance verdadero.

⁷ E. Rraggioneri, *Gramsci e il dibattito teorico nel movimento operaio internazionale*, en Garin, Bobbio, Rraggioneri y otros, *Gramsci e la cultura contemporanea*, editado por P. Rossi, Roma, Editori Riuniti, 1969, vol. 1, p. 146.

⁸ Cfr. G. Liguori, *Gramsci conteso. Interpretazioni, dibattiti e polemiche 1922-2012*, Roma, Editori Riuniti University press, 2012, pp. 215 y ss.

⁹ *Ivi*, pp. 251 y ss.

¹⁰ Cfr. ahora estas contribuciones en P. Togliatti, *Scritti su Gramsci*, Roma, Editori Riuniti University press, 2013.

¹¹ Sobre estos autores cfr. G. Liguori, *Gramsci conteso*, cit., *passim*.

Las primeras categorías de los *Cuadernos* que tuvieron difusión fueron las de sociedad civil, popularizada en 1967 por Norberto Bobbio, aunque con una *incomprensión* fundamental del uso que Gramsci hacía de ella¹², y, posteriormente, las de hegemonía y bloque histórico. En 1975 se publicó el trabajo de la francesa Christine Buci-Glucksmann, *Gramsci et l'État*¹³, que por primera vez subrayaba la importancia del concepto, clave para comprender a Gramsci y su pensamiento maduro, de Estado integral, rebautizado por ella como Estado ampliado.

El fascismo y la modernización.

Sin embargo, en los primeros años setenta se encuentran todavía pocas referencias al concepto de revolución pasiva. Es significativo que las primeras se remontan a 1972, y aparezcan en relación al cincuenta aniversario de la «marcha sobre Roma», en el ámbito por lo tanto de la reflexión sobre el fascismo. La auténtica *aparición* gradual del concepto se produce en relación a su *aplicación* al siglo XX y a los dos fenómenos fundamentales que Gramsci identifica como las diferentes respuestas del capitalismo a su crisis (y al consolidarse de la primera sociedad socialista de la historia): el fascismo y el americanismo. Me refiero sobre todo a un fascículo del *Contemporáneo* –suplemento mensual de *Rinascita*– que a finales de octubre de 1972 dedicaba un número monográfico al tema *A 50 anni della «marcia su Roma»*¹⁴. El apéndice, precedido de un escrito de Giorgio Amendola, albergaba entre muchas contribuciones las de dos relevantes estudiosos de Gramsci –Gerratana y De Felice– que se ocupaban ampliamente, también en aquel foro, del pensamiento gramsciano. Ambos mencionaban la categoría de revolución pasiva, si bien de diferentes formas.

Se suele hacer referencia ante todo al artículo de Franco de Felice titulado *Una chiave di lettura in «Americanismo e fordismo»*: un texto importante que por vez primera llamaba la atención sobre las notas de Gramsci relativas al americanismo. Hay que recordar que estas notas presentes desde el *Cuaderno 1*, y luego en parte recogidas en el *Cuaderno 22* con el célebre nombre, que les había dado el propio Gramsci, de *Americanismo y fordismo*; habían sido durante mucho tiempo deliberadamente olvidadas y hostigadas por el PCI. En 1949-1950 (el librito tiene la fecha de imprenta del 28 de diciembre de 1949) Felice Platone –que en aquellos años se ocupaba, en colaboración con Togliatti, de la edición «temática» de los *Cuadernos*– había editado la publicación de algunas notas y cartas gramscianas en un pequeño volumen de la editorial Universale económica (antecesora de la Feltrinelli) titulado precisamente *Americanismo y fordismo*. El editor le había antepuesto un *Prefacio* en el que se vinculaban los escritos de los

¹² Cfr. in merito *ivi.*, pp. 197-203.

¹³ C. Buci-Glucksmann, *Gramsci et l'État. Pour une théorie matérialiste de la philosophie*, Paris, Fayard, 1975.

¹⁴ “A 50 anni della ‘marcia su Roma’”, dentro de *Il Contemporaneo* de *Rinascita*, 27 de octubre de 1972, nº 42, pp. 11-35. Los artículos de De Felice y Gerratana son aquellos republicados en el presente volumen de *Crítica Marxista* [vol. 6, 2022, nov-dic., n. del t.].

Cuadernos sobre el americanismo y el taylorismo con los años de *L'Ordine Nuovo* (el propio Platone había trabajado con Gramsci como redactor de la publicación quincenal y luego del diario de Turín), recordando el «fordismo» de la Fiat –como por lo demás hace el propio Gramsci en los *Cuadernos*– y deteniéndose en las peculiaridades del capitalismo estadounidense, subrayando que estas últimas ya habían sido evidenciadas por Lenin. Platone mencionaba los vínculos que Gramsci había avanzado entre americanismo-fordismo y corporativismo fascista, para concluir después que ya no era posible creer en un desarrollo dinámico del capitalismo americano, ya en grave crisis, portador de desocupación, caracterizado por un fuerte déficit moral (como cabía deducir incluso de sus *degeneraciones* artísticas y cinematográficas) y marcado por la psicosis de la guerra. Es decir, el *Prólogo* de Platone en 1949 estaba completamente dirigido a advertir al lector de que ya no se podía tener la *confianza* que Gramsci había depositado en el americanismo y en el capitalismo de ultramar: un juicio alineado con aquel otro fuertemente crítico de los soviéticos y, en general, del movimiento comunista en los años más duros de la “guerra fría”. Por lo tanto, concluía Platone, no había que ocuparse del «americanismo», sino sobre todo de otro tema gramsciano: el Mezzogiorno, la cuestión meridional, el atraso del capitalismo italiano, obviando las observaciones sobre *Americanismo e fordismo* que, si no eran equivocadas, eran ya poco actuales y del todo superadas.

Resulta fácil comprender por qué, con una *presentación* de este tipo, las notas gramscianas sobre el americanismo, el taylorismo y el fordismo fueron ignoradas durante décadas. Hasta que en 1972 Franco De Felice propuso otra “clave de lectura” para estos textos, mostrando su relevancia en el conjunto de la elaboración de los *Cuadernos*. De aquí se sigue la gran importancia de este artículo de 1972. Aunque el tema de la revolución pasiva no tiene en él mucha importancia, siendo mencionado en el escrito de un modo poco significativo¹⁵. De Felice, en primer lugar, avanzaba consideraciones muy interesantes sobre las diferentes fases de la interpretación de Gramsci. Los *Cuadernos*, escribía De Felice con palabras importantes que se sitúan en una continuidad con la conferencia cagliaritana de Ragioneri en 1967, «no sólo son el fruto de un pensamiento original y muy particular, de un gran intelectual que recorre críticamente momentos fundamentales de la historia italiana, sino sobre todo el punto de llegada de la experiencia colectiva del movimiento obrero italiano que filtra una experiencia como la Revolución de Octubre y el leninismo»¹⁶. Donde era evidente la referencia a los escritos togliattianos de 1958, los cuales habían abierto una nueva etapa en la lectura de Gramsci. Se trataba ahora, añadía De Felice, de hacer explícita la trama de referencias políticas de la que están llenos los *Cuadernos*.

El artículo ponía de manifiesto, por tanto, el modo en el que Gramsci consideraba el fascismo no sólo, obviamente, como una forma de dura reacción antiobrera, sino también como un

¹⁵ F. De Felice, “Una chiave di lettura in ‘Americanismo e fordismo’”, en “A 50 anni della ‘marcia su Roma’”, cit., pp. 33-35. La mención a la revolución pasiva está en la p. 35. (“Introduzione”, cit., p. 8n). Sin embargo, no sin razón, Modonesi ha definido la reflexión de De Felice en este artículo como “contigua” al tema de la revolución pasiva.

¹⁶ F. De Felice, “Una chiave di lettura”, cit., p. 33.

elemento de posible *modernización* del país, con acciones destinadas a «la organización de la sociedad y que modificaban el papel del Estado»¹⁷. Señalando finalmente cómo «una serie de temas» que Gramsci afrontaba eran planteados precisamente a propósito de las notas sobre el americanismo y, entre estos, el de la revolución pasiva¹⁸. Tal concepto, por lo tanto, aparece en este escrito sólo *en passant*, en una mención rapidísima.

Fascismo y revolución pasiva.

El artículo de Gerratana, en cambio, contiene una referencia más importante al tema. Desde el título (quizás debido a la redacción, como suele suceder) que reza: *Il popolo delle scimmie tra reazione e rivoluzione passiva* [*El pueblo de los simios: entre reacción y revolución pasiva*]. Donde se junta la famosa definición de la pequeña burguesía subversiva tomada del célebre artículo de enero de 1921 y la categoría de la que nos estamos ocupando aquí, que aparece en los *Cuadernos* casi una década después. En el artículo encontramos afirmaciones importantes: para Gramsci el fascismo no ha sido solo *reacción*, sino que también lleva a cabo una *transformación activa*, aunque esta sólo esté dirigida a pasivizar a las masas. Escribe Gerratana:

Con los términos de *revolución pasiva* (tomado, por lo demás casualmente¹⁹, de la obra de Vincenzo Cuoco), de *revolución sin revolución*, o de *restauración-revolución* Gramsci indicaba un modelo de proceso histórico donde las exigencias revolucionarias son satisfechas «en pequeñas dosis, legalmente, de forma reformista», de tal forma que se logre salvar las posiciones políticas y económicas de las viejas clases dominantes²⁰.

El propio Gramsci –continuaba Gerratana– había lanzado la hipótesis fundada de que Croce con su *Historia de Europa* pretendiese proponer «también para nuestros tiempos este mismo modelo de “revolución pasiva”». Pero –había objetado Gramsci al filósofo liberal–, en las condiciones dadas, era precisamente el fascismo el que podía ser el protagonista de una revolución pasiva, gracias a la intervención legislativa del Estado y mediante la organización corporativa. De hecho,

se tendría una revolución pasiva en el hecho de que mediante la intervención legislativa del Estado y a través de la organización corporativa, en la estructura económica del país se introducirían modificaciones más o menos profundas para acentuar el elemento «plan de producción», esto es, sería acentuada la socialización y cooperación de la producción sin tocar por ello (o limitándose sólo a regular y controlar) la apropiación individual y de grupo del beneficio (Q10, 9, 1227).

¹⁷ Ivi., p. 34.

¹⁸ Ivi., p. 35.

¹⁹ Me parece que hay que destacar esta relativización de la relevancia del origen de la expresión “revolución pasiva”, que quiere reforzar el modo *original* con el que Gramsci, adoptándola, la utiliza.

²⁰ V. Gerratana, “Il popolo delle scimmie tra reazione e rivoluzione passiva”, in “A 50 anni dalla ‘marcia su Roma””, cit. p. 33. Las palabras citadas son e Gramsci, tomadas de Q10, 9, 1227.

Poco importa, repetía una vez más Gerratana citando a Gramsci, que tales hipótesis pudiesen traducirse o no en la realidad, era ya importante que ésta crease «un periodo de espera y de esperanzas», especialmente en la pequeña burguesía (Q10, 9, 1228). Tal hipótesis de revolución pasiva era vista por Gerratana como objetivamente muy peligrosa y consideraba que debía ser necesariamente combatida, lo que le hacía concluir:

a hacer frente a esta perspectiva político-ideológica de «revolución pasiva», contraponiendo a ella una perspectiva revolucionaria en positivo, se dirige todo el esfuerzo de Gramsci. También a esto apuntaba su lucha contra el fascismo: a impedir que bajo otras formas políticas se reprodujese la misma sustancia²¹.

Por tanto, según Gerratana, la lucha de Gramsci se libraba en dos frentes: contra el fascismo pero también contra la otras formas de revolución pasiva, en concreto contra aquellas «reformistas», con respecto a las cuales Gramsci había elaborado el camino para una auténtica y «concreta perspectiva revolucionaria».

Una «anti-revolución pasiva»

Tras este importante debut, el tema de la revolución pasiva comenzó, a lo largo de los años setenta, a aparecer de forma más frecuente en diversas obras sobre Gramsci. Es importante, por ejemplo, un escrito de Paggi escrito en 1973, en el cual se subrayaba cómo la revolución pasiva (vinculada por Gramsci al «Prefacio» marxiano de 1959) tuviese un alcance «epocal» y representase una alternativa polémica, tanto con respecto al *catastrofismo* como a la tesis *jacobina* de la «ruptura violenta»²² (por ende tanto a las corrientes de la Segunda como de la Tercera Internacional). La revolución pasiva era considerada como una «representación teórica adecuada del complejo proceso histórico a través del que se puede lograr la superación definitiva de todo un modo de producción»²³, es decir, una lectura del proceso histórico de la transición que tiene en su interior la acción reformista como intento extremo de evitar la “superación” del capitalismo. Para Paggi, la revolución pasiva estaba «todavía en curso» y el proyecto teórico gramsciano estaba enredado en ella. Sin embargo, Gramsci –escribe Paggi, concordando en las conclusiones con Gerratana–, «hablando del concepto de revolución pasiva [...] afirmó una vez que este “presupone, es más, postula como necesaria, una antítesis vigorosa y que pone en juego todas sus posibilidades de explicación de forma intransigente”. Pero con estas palabras resumía el sentido de toda su investigación teórica»²⁴.

²¹ Ibidem

²² L. Paggi, *La teoria generale del marxismo in Gramsci* [1973], adira en Id., *Le strategie del potere in Gramsci*, Roma, Editori Riuniti, 1984, p. 477.

²³ Ibidem.

²⁴ Ivi., p. 494. El pasaje de los *Cuadernos* citado se encuentra en Q15, 62, 1827.

En 1975 cabe señalar dos publicaciones relevantes: *Il marxismo di Gramsci*, de Nicola Badaloni y, en Francia, el libro de Buci-Glucksmann sobre *Gramsci y el Estado*, que al año siguiente será traducido y publicado en Italia. Para el primero, «la revolución pasiva no es un nuevo método de hacer política; ésta es el signo de una debilidad de las fuerzas productivas»²⁵. El autor volvía sobre la pregunta lanzada ya por Paggi sobre la posibilidad de que la categoría gramsciana haya sido pensada por el autor de los *Cuadernos* también en relación «a las experiencias de la nueva clase fundamental»²⁶, pero también él respondía afirmando que el propio Gramsci ve en esto el «peligro de derrotismo histórico, es decir, de indiferentismo, porque el planteamiento general del problema puede hacer creer en un fatalismo, etc.» (Q15, 62, 1827). En cambio «la concepción sigue siendo dialéctica» y postula una «antítesis vigorosa». Por esto «la teoría de la revolución pasiva no puede ser una “programa del mismo modo que en los liberales del Risorgimento, sino [...] criterio de interpretación a falta de otros elementos activos de forma dominante”», es decir, de iniciativas de las fuerzas populares²⁷.

El volumen de Buci-Glucksmann dedica un mayor espacio y profundización a la revolución pasiva. Este se escribe sobre la base del estudio de textos gramscianos publicados en la edición temática, aunque la autora había podido consultar «la edición cronológica e integral» de los *Cuadernos*, ya que Gerratana la había puesto a su disposición²⁸. Era el primer libro sobre Gramsci en el que se comienza a ver el desarrollo diacrónico de los *Cuadernos*, en el que a veces se indicaban los años de escritura junto a las notas gramscianas citadas, con referencia por separado a cada cuaderno: un paso adelante decisivo con respecto a la edición temática. En este libro, que atravesaba todos los temas de filosofía y filosofía política de Gramsci, ligándolos a menudo al debate marxista y a la historia del movimiento comunista, la autora señalaba entre otras cosas que el concepto de revolución pasiva «asume en el curso de la investigación una extensión insospechada. El modelo de un proceso revolucionario sin hegemonía y sin iniciativa popular unitaria» permitía a Gramsci interrogar de una forma nueva al fascismo, como «modo de organización de la sociedad sobre la base del *Estado ampliado*»²⁹. Además, Buci-Glucksmann señalaba cómo Gramsci vinculaba esta reflexión con su investigación sobre el americanismo. Es decir, la revolución pasiva unifica dos modos, aunque sean muy diferentes, de revolucionar la producción y la sociedad: junto al Estado (sobre todo en el caso del fascismo) y gracias a la acción del Estado, para responder a las nuevas exigencias planteadas por la sociedad de masas, a la que la forma liberal de la hegemonía burguesa ya no sabía hacer frente.

La revolución pasiva era planteada por la autora en relación no sólo con la hegemonía (aunque fuese de forma incierta, como *falta de hegemonía*, definición a fin de cuentas impropia), sino sobre todo con la guerra de posiciones. Cavour, afirmaba Buci-Glucksmann, representaba la

²⁵ N. Badaloni, *Il marxismo di Gramsci. Dal mito alla ricomposizione politica*, Turín, Einaudi, 1975, p. 153.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Ivi*, p. 154 (el pasaje de los *Cuadernos* citado es siempre Q15, 62, 1827).

²⁸ C. Buci-Glucksmann, *Gramsci e lo Stato. Per una teoria materialistica della filosofia* [1975], Roma, Editori Riuniti, 1976, p. 24.

²⁹ *Ivi*, p. 363.

revolución pasiva pero también la guerra de posiciones: una revolución desde arriba que quería impedir la movilización de las masas y el paso a la iniciativa revolucionaria. Es una «dialéctica bloqueada», sin antítesis³⁰. A su vez, el fascismo, interviniendo a través del Estado en la esfera económica, buscaba racionalizarla en la dirección de una «economía planificada», impidiendo que este proceso (ahora objetivamente necesario para afrontar la crisis) fuese guiado por las fuerzas del proletariado, como en la Unión Soviética.

Sabemos que, durante los años veinte y treinta del siglo XX, en todos los regímenes políticos del mundo desarrollado, se redefinen las relaciones entre economía y política –en los fascismos y en el comunismo soviético, bajo la guía de las socialdemocracias europeas y con el New Deal estadounidense– a causa de la necesaria intervención, aunque sea con medidas diferentes en cada situación, del Estado en la esfera económica. Gramsci ha sido, entre los autores marxistas y comunistas, el que más ha *pensado* dicha cuestión, precisamente con el concepto de «Estado integral» o con la «ampliación del concepto de Estado», por decirlo con Buci-Glucksmann, «ampliación» que se lleva a cabo en los *Cuadernos* en una doble dirección: hacia la *economía* y hacia la *sociedad*. Cuando esto sucede bajo la guía de las viejas clases dirigentes estamos ante una revolución pasiva. En todo caso, no se olvida el aspecto *revolucionario* («revolución» es uno de los dos términos de la expresión), de cambio real, de esta acción del Estado: no se trata de conservar el aparato productivo y la sociedad, sino de reorganizarlos profundamente, como señala Buci-Glucksmann³¹, para perpetuar el mantenimiento del poder por parte de las viejas clases en la sociedad de masas.

Debe añadirse que al libro –aparecido en Italia en 1976– se le suma un apéndice al año siguiente, con un artículo de Buci-Glucksmann aparecido en *Unità* el 27 de abril de 1977 y titulado *La classe operaia e lo Stato*, el cual, en muchos aspectos, anticipa la contribución de la estudiosa al congreso de Florencia del diciembre siguiente. Buci-Glucksmann sostenía allí que para Gramsci existen «dos guerras de posición: la de la clase dominante y la de las clases subalternas en lucha por la hegemonía y la dirección política de la sociedad». La primera «abrazo los procesos históricos de revolución pasiva»³². La hegemonía «como práctica democrática expansiva» suponía que la acción de las clases progresivas constituye por el contrario «una anti-revolución pasiva», como, con otras palabras, había sostenido ya Gerratana en *Rinascita*. Dos modos distintos de ejercer una acción hegemónica, según quien sea el sujeto de tal actividad³³. Las clases subalternas, también para la autora francesa, no pueden actuar por medio de una revolución pasiva, no pueden asumirla como programa político propio: la «transición democrática» debe tener necesariamente la forma de una «anti-revolución pasiva».

³⁰ Ivi, p. 369.

³¹ Ivi, p. 377.

³² C. Buci-Glucksmann, «La classe operaia e lo Stato», en *L'Unità*, 27 de abril de 1977.

³³ La necesaria divergencia entre las formas de la hegemonía de burguesía y de proletariado es argumentada en V. Gerratana, *Le forme dell'egemonia* [1987], ahora en Id., *Gramsci. Problema di metodo*, Roma, Editori Riuniti.

La reflexión de Buci-Glucksmann parece claramente vinculada al eurocomunismo y a la hipótesis de transición democrática al socialismo contenida en él. La «transición democrática al socialismo» –problemática que durante algunos años pareció a los pensadores marxistas y comunistas de Europa occidental una posibilidad real– es por lo demás el contexto que ayuda a explicar gran parte de la reflexión sobre Gramsci de aquellos años. El intento era el de usar al autor de los *Cuadernos* para entender, sobre todo, aunque no sólo, en Italia, el «¿qué hacer?» en una fase en la que el PCI parecía haber alcanzado el límite del gobierno y quizás del poder tras treinta años de oposición. Es decir, se quería, con la ayuda de la «caja de herramientas» conceptuales gramsciana, tratar de entender qué era el Estado y su relación con la sociedad civil. La respuesta de la autora, por tanto, era completamente interna a la respuesta eurocomunista: la «transición» –este era el término que utilizaba Buci-Glucksmann, ciertamente no sólo la de aquel periodo– no podía sino ser «una “anti-revolución pasiva”, la construcción simultánea de la democracia y de “elementos de socialismo”. En resumen, una revolución democrática de masas»³⁴.

El debate sobre Gramsci y la política del PCI

En diciembre de 1977 tiene lugar el importante congreso Florentino dedicado a *Política e historia en Gramsci*, preparado por un volumen de *Conferencias impresas*³⁵ publicado poco antes y seguido por el compendio en un volumen de las conferencias y de la discusión que se produjeron en la reunión³⁶. Muchas contribuciones –también gracias al uso difundido, por vez primera, de la nueva edición crítica de los *Cuadernos de la cárcel* editada por Valentino Gerratana– iluminaban de un nuevo modo las categorías gramscianas. Aunque sin infravalorar la importancia, en otros aspectos, de las conferencias de estudiosos como Nicola Badaloni, Remo Bodei, Umberto Cerroni, Biagio De Giovanni o Luisa Mangoni, hago referencia aquí a las contribuciones de Buci-Glucksmann, De Felice y Giuseppe Vacca, las más significativas por lo que respecta al tema de la revolución pasiva. Sobre todo, gracias a estos autores, los *Cuadernos* eran leídos como el lugar de fundación de una «ciencia de la política» centrada en los conceptos de Estado ampliado y de revolución pasiva, en relación con aquellos otros más conocidos de hegemonía y de guerra de

³⁴ C. Buci-Glucksmann, “La classe operaia e lo Stato”, cit. In relación al itinerario de la autora en este periodo y a su lectura de Gramsci señalo G. Cospito, “Christine Buci-Glucksmann era Althusser e Gramsci (1969-1983)”, en *Décalages*, 2016, n. 1.

³⁵ Istituto Gramsci, *Política e storia in Gramsci. Atti del convegno internazionale di studi gramsciani, Firenze, 9-11 dicembre 1977*, editado por F. Ferri, vol. 1: *Relazioni a stampa*, Roma, Editori Riuniti, 1977, citado en adelante como *Relazioni a stampa*.

³⁶ Cfr. Istituto Gramsci, *Política e storia in Gramsci. Atti del convegno internazionale di studi gramsciani, Firenze, 9-11 dicembre 1977*, editado por F. Ferri, vol. II: *Relazioni, interventi, comunicazioni*, Roma, Editori Riuniti, 1977 [ma 1979], da ora citato como *Relazioni, interventi, comunicazioni*.

posiciones, y partiendo de la conciencia del nuevo papel asumido por el Estado y por la política en la economía y en la sociedad del siglo XX.

Para Buci-Glucksmann, en Gramsci la revolución pasiva era «una tendencia potencial, interna a cada proceso de transición»³⁷, lo que significaba que frente a la crisis de su hegemonía la clase en el poder podía tratar de posponer el resultado revolucionario con una acción de reformismo desde arriba desarrollada a través del Estado: este parece el significado más propio de la compleja categoría gramsciana de revolución pasiva, más allá de los diferentes usos de esta que se encuentran en los *Cuadernos*. El punto de nuevo destacado por Buci-Glucksmann era el hecho de que la revolución pasiva no podía constituir «un programa de intervención política para la clase obrera»³⁸. Sin embargo, seguía siendo «una concepción dialéctica»: los elementos de revolución pasiva, en dialéctica con otros momentos, connotan la fase de transición en el sentido de representar «los obstáculos político-económicos» que el Estado opone al ataque «frontal» de las clases revolucionarias³⁹, la reacción contrarrevolucionaria confiada al reformismo desde arriba. Hay «dos guerras de posiciones [...] la de la clase dominante, en sus diferentes formas de revolución pasiva, y aquella *asimétrica* de las clases subalternas que luchan por su hegemonía»⁴⁰. Era muy claro que entre las dos diferentes guerras de posiciones, sólo la de las clases dominantes podía asumir la forma de una revolución pasiva, mientras que la de las clases subalternas era definida por la autora como «"socialización de la política"» y «revolución cultural de masas». En base a este importante concepto de *asimetría*, la acción de los revolucionarios –que en el ámbito del eurocomunismo era definida como una revolución democrática de masas dada por la mezcla de democracia representativa y democracia de base (según una declinación que podríamos definir como *ingraiana*)– no podía sino ser una «anti-revolución pasiva»⁴¹. El rechazo de la revolución pasiva (de un reformismo desde arriba útil para contener el empuje de las masas) por parte de las fuerzas del movimiento obrero llevaba, según Buci-Glucksmann, al rechazo de todo estatismo de y en la transición»⁴². En este juicio negativo estaba implicado también el «estalinismo», forma de «transición pasiva» a la par de los modelos socialdemócratas⁴³.

También la contribución de Franco De Felice era rica en anotaciones sobre el tema de la revolución pasiva, a partir del énfasis en la diferencia entre la aplicación del concepto a los procesos del siglo XIX, en lo que respecta a la sustitución de una clase hegemónica por otra, y a los del siglo XX, en los que, en cambio, era el propio sujeto social el que debía cambiar la propias formas de dominio⁴⁴. Para De Felice el rechazo de la revolución pasiva como programa era claro

³⁷ C. Buci-Glucksmann, "Sui problemi politici della transizione: classe operaia e rivoluzione passiva", en *Relazioni a stampa*, cit. p. 100.

³⁸ Ivi, p. 100.

³⁹ Ivi, p. 101.

⁴⁰ Ivi, p. 102.

⁴¹ Ivi, p. 103.

⁴² Ivi, p. 108.

⁴³ Ivi, p. 125.

⁴⁴ F. De Felice, "Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci", en *Relazioni a stampa*, cit., p. 164. Este punto ha sido bien señalado por F. Frosini, "Stato delle masse ed egemonia: note su Franco De Felice interprete di Gramsci", en F. Frosini, F. Giasi (eds.), *Egemonia e modernità. Gramsci in Italia e nella*

en los *Cuadernos*⁴⁵, por lo que decir que ésta identificaba «las formas del proceso revolucionario»⁴⁶ significaba afirmar que denotaba la tendencia objetiva y la presencia de aquellas contratendencias “pasivizantes” con las que la burguesía del siglo XX reaccionaba a la crisis y a la Revolución de Octubre. Bajo una nueva «envoltura política», había escrito Gramsci, se modificaban «las relaciones sociales fundamentales» (Q15, 56, 1818-1819) y se producían modificaciones en todas las fuerzas políticas, viejas y nuevas⁴⁷. Para De Felice también era relevante establecer los nexos entre revolución pasiva y guerra de posiciones: si la primera identificaba en Gramsci «las formas de un proceso de transformación», la segunda era relativa al conflicto de clase que tenía lugar en este proceso⁴⁸, y por lo tanto –podemos decir– la revolución pasiva es fruto sólo de la acción de las “clases fundamentales”. Por consiguiente, hay que «conquistar, romper, las estructuras políticas organizativas e ideológicas», las nuevas formas político-estatales elaboradas por las clases dominantes, en un proceso «social y político al mismo tiempo» que se concrete en el «choque entre bloques hegemónicos»⁴⁹. Esta nueva configuración morfológica del conflicto de clase afectaba según Gramsci –vista, evidentemente, la debilidad de las fuerzas sociales en «Oriente»– a la propia construcción del socialismo en la Unión Soviética⁵⁰, donde la revolución pasiva (el reformismo estatal desde arriba) se refería por lo tanto también a la parte política con la que Gramsci se identificaba.

En Gramsci la revolución pasiva –recordaba De Felice– definía los intentos de reorganización de la producción realizados tanto por el fascismo como por el americanismo. La «experiencia americana», es más, era identificada como «el punto más alto de la revolución pasiva»⁵¹, aquel con el que se debería haber medido a fin de cuentas el movimiento comunista. Pero la revolución pasiva marcaba también una profunda novedad en la interpretación gramsciana del fascismo con respecto a los años precedentes al arresto. Aplicada al fascismo, esta le parecía a Gramsci conectada sobre todo al nodo del corporativismo y, más en general, a la voluntad de reforma y modernización «del aparato productivo italiano»⁵² y de la estructura económico-social que se derivaba de él: este era el lugar en el que «Gramsci identifica los elementos esenciales de la revolución pasiva»⁵³, mientras en segundo plano, aunque no del todo ausente⁵⁴, permanecía el otro elemento característico del fascismo como revolución pasiva, por lo demás estrechamente conectado con el primero, a saber, el nuevo «gobierno de las masas» realizado ya desde la segunda mitad de los años veinte. El fascismo era, en resumen, visto por Gramsci como un

cultura internazionale, Roma, Viella, 2019, p. 272, centrado en la contribución de 1977, pero útil para analizar también otros momentos de la interpretación defeliceana de Gramsci.

⁴⁵ F. De Felice, *Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci*, cit., p. 166n.

⁴⁶ Ivi, p. 166.

⁴⁷ F. De Felice, *Rivoluzione passiva...*, cit., p. 166.

⁴⁸ Ivi, p. 171.

⁴⁹ Ivi, p. 172.

⁵⁰ Ivi, pp. 176-177, y también pp. 217-218.

⁵¹ Ivi, p. 213.

⁵² Ivi, p. 199.

⁵³ Ivi, p. 198.

⁵⁴ Ibidem.

proceso de transformación de la economía en la dirección de la planificación, realizando una «economía intermedia», a medio camino entre el liberalismo y el socialismo⁵⁵. Como una «fase intermedia» también podía ser considerado, por lo demás, el americanismo (Q1, 61, 70).

Como recordaba Giuseppe Vacca, de hecho, el americanismo era la forma de revolución pasiva que Gramsci sometía a estudio desde el primer cuaderno, interpretándolo «desde la óptica de los cambios que intervienen en la conformación de las masas, en las relaciones entre gobernantes y gobernados», y convirtiéndolo en «el principal instrumento de interpretación de los nuevos desarrollo de las sociedades capitalistas»⁵⁶. Revolución pasiva y guerra de posiciones se implicaban mutuamente, eran «conceptos paralelos que asumen el papel de bisagras de todos los Cuadernos»⁵⁷. Sin embargo, en este *paralelismo* –en mi opinión– se corre el riesgo de difuminar el énfasis en la *asimetría*, señalada por Buci-Glucksmann, entre los dos conceptos, el hecho de que en los países capitalistas la revolución pasiva era la forma de la guerra de posiciones sólo del lado de las fuerzas burguesas (mientras que en la Unión Soviética constituía un repliegue, el lugar de un límite, del que Gramsci había auspiciado la superación hablando de «estatomatía»⁵⁸). También en su reciente *Modernità alternative*, Vacca ha subrayado la posibilidad de que el concepto de revolución pasiva asuma «un carácter positivo»⁵⁹, citando al Gramsci que escribe sobre la posibilidad de «restauraciones progresivas», en tanto que las clases dominantes deben acoger (aquí está el carácter de «revolución») «parte de las exigencias populares». Es conveniente recuperar por entero este pasaje de los *Cuadernos*:

Tanto la «revolución-restauración» de Quinet como la «revolución pasiva» de Cuoco expresarían el hecho histórico de la falta de iniciativa popular en el desarrollo de la historia italiana, y el hecho de que el «progreso» se verificaría como reacción de las clases dominante al subversivismo esporádico e inorgánico de las masas populares con «restauraciones» que acogen una parte de las exigencias populares, por tanto «restauraciones progresivas» o «revoluciones-restauraciones» o también «revoluciones pasivas» (Q8, 25, 957).

Es sabida la importancia en los *Cuadernos* de las comillas, usadas por Gramsci para advertir al lector potencial de que algunas de sus expresiones no son tomadas en sentido estrictamente literal. Estas se refieren aquí tanto al término «progreso» como al término «restauración». Incluso para éste parece más congruente afirmar –para no dar pie al equívoco– no que el concepto de revolución pasiva llegue a ser «positivo» (abriendo implícitamente la posibilidad de que sea considerado como una estrategia de las clases subalternas, cosa que Gramsci excluye), sino que las clases dominantes, como recuerda Vacca, «deben hacer propias al menos “en parte”» las

⁵⁵ Ivi, p. 198.

⁵⁶ G. Vacca, “La ‘quistione politica degli intellettuali’ e la teoria marxista dello Stato nel pensiero di Gramsci”, en *Relazioni a stampa*, cit., p. 448. Me refiero aquí a la rica conferencia de Vacca solo en lo que respecta al tema de la revolución pasiva.

⁵⁷ Ivi, p. 449.

⁵⁸ Sobre este concepto y su presencia en los *Cuadernos*, cfr. *Dizionario gramsciano*, cit. Sub voz.

⁵⁹ G. Vacca, *Modernità alternative. Il Nocento di Antonio Gramsci*, Turín, Einaudi, 2017, p. 97.

exigencias de las masas⁶⁰. También porque si Gramsci postula una «antítesis vigorosa», una movilización activa de las masas populares que cambie el signo al propio “reformismo desde arriba” de las clases dirigentes, «la sumisión de las clases subalternas no solo es reversible – concluye acertadamente Vacca–, sino que la elaboración del concepto mira precisamente a hacerlas más conscientes de las razones de su sujeción y a preparar su rescate⁶¹.

Es una puntualización que resulta útil, ya que durante mucho tiempo la categoría de revolución pasiva ha sido objeto de equívocos. Por lo demás, también el debate florentino de 1977 dejaba entrever preocupaciones de este tipo y el temor a un cortocircuito entre teoría y práctica: ¿el probado rechazo gramsciano de una concepción *instrumental del Estado* debía significar la completa aceptación del Estado existente como *terreno de lucha*? ¿Y con qué límites? Era un nodo no suficientemente *pensado* en aquella contingencia política, donde a menudo los acontecimientos se padecidos más que determinados. La dificultad teórico-práctica que se seguía de aquí era clara: se trataba de explicar el hecho de que la política del PCI hubiese elegido situarse en el terreno estatal sin querer abdicar con ello de la transformación de las relaciones sociales y políticas. Era un Estado histórica y políticamente determinado aquel en el que se situaba el PCI, ¿pero de qué tipo? Un Estado “burgués” *tout court* para algunos; para otros, en cambio, era un Estado positivamente *híbrido*, marcado por la Resistencia y por una Constitución potencialmente abierta a «elementos de socialismo» y elaborada con la participación determinante de los comunistas. Estos quedaban así a medio camino entre la política de *compromiso*, de *solidaridad*, de colaboración social y política con las otras fuerzas democráticas, y los empujes y las esperanzas de *alternativa* (más que de *alternancia*) de las que les investía el cuerpo social, la demanda de cambio generalizada y su propia tradición política e ideológica.

Estas tensiones se reflejaron en el curso del debate florentino. Por ejemplo, Remo Bodei lanzaba la hipótesis de que el amplio espacio reservado a la categoría de revolución pasiva reflejaba el hecho de que se advertían en la acción política concreta de los comunistas sobre todo *los límites*, «lo condicionantes históricos y de clase extremadamente pesados», las barreras, los peligros de involución, «precisamente todos aquellos elementos que empujan hacia las reflexiones sobre la crisis y las diferentes formas de revolución pasiva», la cual podía asumir también, para Bodei, «el aspecto de corresponsabilizar [...] a las organizaciones la clase obrera en la gestión fallida de una crisis devenida endémica o cuando menos ingobernable»⁶².

En algunos, en otras palabras, existía la preocupación de que un énfasis demasiado acentuado sobre el Estado e incluso sobre los procesos de «ampliación del Estado», si no se los entendía correctamente, produjese una escasa atención hacia las mediaciones necesarias entre discurso teórico y discurso político, y se determinasen fenómenos de *estatolatría* (por usar el término gramsciano), es decir, de conformismo con el Estado existente, antes que de «socialización de la política», es decir, de valorización de los empujes político-sociales de cambio.

⁶⁰ Ibidem.

⁶¹ Ivi, p. 99.

⁶² R. Bodei [Intervento], in *Relazioni, interventi, comunicazioni*, cit., pp. 229-230.

En resumen, el riesgo era aquel –surgido ya en el congreso gramsciano del PCI organizado el enero anterior en la escuela de partido de Frattocchie⁶³– de reconducir de forma *demasiado inmediata* los análisis de Gramsci a la contingencia política. Una preocupación de una excesiva actualización que en Florencia llevaba a Leonardo Paggi a aclarar que no había en Gramsci «soluciones prefabricadas para hoy», sino solo «conciencia [...] del horizonte del problema»⁶⁴.

Sin embargo, aunque fuese con una excesiva curvatura política, la reflexión sobre las categorías gramscianas y también sobre la revolución pasiva, abrió entonces el camino a la adquisición de nodos fundamentales de los *Cuadernos*. Aunque quizás comenzaba a aparecer aquella asunción plena del *reformismo* como el único camino posible para las fuerzas socialistas en Occidente que, a partir de la década siguiente, tendría un largo recorrido. Pero que no se encuentra en Gramsci.

Althusser y Stuart Hall

Concluyo este excursus sobre el concepto de revolución pasiva en los años setenta con una referencia a dos importantes autores no italianos: Louis Althusser y Stuart Hall. En 1978 Althusser comenzaba a escribir una obra polémica contra el eurocomunismo que era, sobre todo, fuertemente pugnaz con Gramsci. (No por casualidad, una vez que termina el argumento sobre Gramsci, el manuscrito se interrumpe). En este librito, la única categoría de los *Cuadernos* que Althusser salva parcialmente parece ser la de «revolución pasiva», que –escribía el filósofo francés– «capta algo de cierto». Pese al reconocimiento, sin embargo, permanece una incompreensión del discurso gramsciano, invertido casi en su opuesto: en una «separación entre el Estado [...] y las masas populares»⁶⁵. Lo que resulta singular es que Buci-Glucksmann, alumna de Althusser interesada en Gramsci pero profundamente condicionada por el pensamiento del maestro francés, le había dado su libro *Gramsci et l'État*, que el filósofo leyó en forma puntillosa, subrayándolo minuciosamente⁶⁶. No obstante, podemos decir que no entró verdaderamente en relación con las tesis de la autora, o las rechazó *in toto*, permaneciendo por completo en el recinto trazado por su adhesión ortodoxa a la categoría de dictadura del proletariado. Alejado, por lo tanto, de la consigna de la anti-revolución pasiva como revolución democrática de masas invocada por su alumna. Pero, sin embargo, capaz de captar e indicar, me parece, un problema irresuelto en el debate eurocomunista: la inadecuada tematización teórico-política de los procesos de transformación con los que se debería haber investido y transformado el Estado democrático-

⁶³ Cfr. B. De Giovanni, V. Gerratana, L. Paggi, *Egemonia Stato partito in Gramsci*, Roma, Editori Riuniti, 1977.

⁶⁴ L. Paggi [Intervento], en *Relazioni, interventi, comunicazioni*, cit., p. 169.

⁶⁵ L. Althusser, *Che fare?* [2018], introducción y edición de F. Carlino y A. Cavazzini, Milán, Mimesis, 2022, p. 56.

⁶⁶ Debo la noticia a la amable cortesía de Vittorio Morfino, quien ha estudiado la biblioteca dejada por Althusser. De Morfino, véase “Althusser lector de Gramsci”, en *Décalages*, 2016, n. 2.

burgués. Por lo demás, esta hipótesis de “transición democrática” se eclipsó pronto, a finales de los años setenta. Y, por otro lado, el escrito de Althusser permanece inédito y sólo ha sido publicado recientemente.

El último intérprete que quiero citar rápidamente es Stuart Hall, uno de los autores más importantes de la Escuela de Birmingham, el corazón de los *cultural studies*, quien en 1980 publicó uno de sus escritos más gramscianos, titulado *La política del thatcherismo: el populismo autoritario*. En este célebre ensayo –tras haber usado sobre todo los razonamientos gramscianos sobre el sentido común, la guerra de posiciones, la hegemonía, el transformismo, y tras haber avanzado su lectura resumida de Gramsci (tomada de Q4, 57, 504), sosteniendo que la revolución pasiva habría sido una estrategia para «realizar reformas con el fin de impedir la revolución»⁶⁷ (frase entrecomillada, pero que Gramsci nunca ha escrito de esta forma)–, Hall afirma que el *thatcherismo* es una forma de «revolución pasiva»: no una revolución pasiva *desde arriba* como, escribe él, la de las experiencias socialdemócratas, sino «una revolución pasiva *desde abajo*», por su carácter populista, por el intento de fundar «un régimen más autoritario sobre una amplia base popular»⁶⁸.

Dudo que sea aceptable, desde un punto de vista gramsciano, la definición de «revolución pasiva desde abajo» mediante la creación de un sentido común reaccionario, sin señalar adecuadamente que es la intervención *desde arriba* la que produce un efecto de este tipo. Pero esta aplicación *creativa* de Gramsci –*creatividad* característica del enfoque anti-filológico de Hall– testimonia cómo el tema de la revolución neoconservadora de finales de los años setenta se estaba imponiendo frente a una izquierda que comenzaba a cojear –encontrando dificultades para encontrar instrumentos nuevos pero arraigados en su tradición teórica que fuesen capaces de comprender los cambios que se estaban produciendo–. Buscándolos también en Gramsci, obviamente, sobre todo en la categoría de revolución pasiva. Desde aquel momento muchos – como ha mostrado el libro de Massimo Modonesi que hemos citado– usarán la categoría de revolución pasiva, tratando de captar con ella diferentes fenómenos contemporáneos, de derechas o también aparentemente de izquierda, de reformismo conservador o de tipo populista.

⁶⁷ S. Hall, “La política del thatcherismo: el populismo autoritario” [1980], ahora en D. Boothman, F. Giasi y G. Vacca (eds.), *Gramsci in Gran Bretagna*, Bologna, il Mulino, 2015, p. 120.

⁶⁸ Ivi. p. 137. Véase sobre esta lectura de Stuart Hall el interesante ensayo de A. Ferrara, *Stuart Hall, Gramsci e l'enigma thatcheriano*, en S. Cingari y E. Terrinoni (eds.), *Gramsci in inglese. Joseph A. Buttigieg e la traduzione del prigioniero*, Milán, Mimesis, 2022.